

revolución ... gobernanza ... reinventar ... democracia

Hacia una revolución de la gobernanza, reinventar la democracia

Visita de Pierre Calame en América latina



Biografía de Pierre Calame



Pierre Calame es egresado de l'Ecole Polytechnique, la más prestigiosa universidad de ingeniería de Francia. Ingeniero de caminos, canales y puertos, hizo gran parte de su carrera en la Administración francesa, especialmente en el Ministerio encargado de la infraestructura del país y luego trabajó durante dos años en la industria como Secretario General de Usinor, gran grupo siderúrgico francés. Desde hace casi 20 años, Pierre Calame es Director General de la Fundación Charles Léopold Mayer para el Progreso Humano (FPH).

A partir de su experiencia de alto funcionario estatal y de la acción que ha emprendido para la Fundación en varios países y continentes, Pierre Calame ha elaborado una reflexión ambiciosa que pretende articular la teoría y la acción, la unidad y la diversidad, de manera a que la humanidad se vuelva cada vez más partícipe de su propia historia.

Desde 1988

Director General de la Fundación Charles Léopold Mayer para el Progreso Humano

1986-1988

Deja progresivamente la Alta Función Pública para dedicarse a la Fundación Charles Léopold Mayer para el Progreso Humano

1985-1986

Secretario General de Usinor

1983-1985

Consultor en la Dirección de Asuntos Económicos Internacionales (DAEI), encargado de las relaciones con el Magreb

1981-1983

Subdirector de la Dirección del Urbanismo y del Paisaje, encargado de los Asuntos Económicos y Territoriales y de las Agencias de Urbanismo

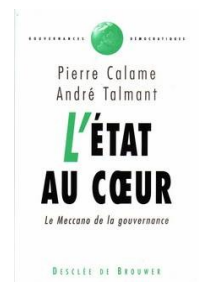
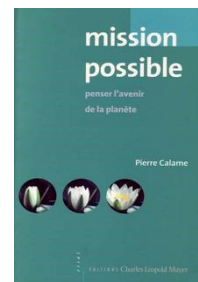
1974-1980

Ingeniero de Distrito en el distrito polivalente de Valenciennes (Norte de Francia)

1968-1973

Investigador en el Centro de Estudios e Investigaciones sobre la Ordenación Urbana (CERAU-BETURE)

Sus obras han sido traducidas en varios idiomas. Entre ellas se destacan *Misión Posible: pensar y actuar par el mañana* y *Con el Estado en el corazón: el andamiaje de la gobernanza*, ambas traducidas al castellano y publicadas por las ediciones Trilce (Uruguay).



Pierre Calame acaba de publicar en francés un libro en el que extiende las conclusiones de la presente publicación al campo económico:

Reinventar la economía: ensayo sobre la "oïkonomía"
(*Essai sur l'œ conomie*, éditions Charles Léopold Mayer, 2009).

PIERRE CALAME présente Jacques Talmont

ESSAI SUR
L'ÉCONOMIE



ECLM

Revolucionar la gobernanza, reinventar la democracia: uno de los desafíos más importantes del siglo XXI

Pierre Calame

Director de la Fundación Charles Léopold Mayer-Francia

Autor de: *La revolución de la gobernanza*, publicado por LOM,
abril de 2009

¿Por qué diablos hablar de gobernanza cuando tenemos palabras tan bellas como política y democracia, o tan comunes como Estado y administración? ¿Por qué hablar, para colmo, de revolución de la gobernanza? ¿Y qué hay con reinventar la democracia? La democracia representativa heredada de los siglos pasados, tan frecuentemente cuestionada y puesta en peligro por gobiernos dictatoriales, la democracia representativa, con su separación de poderes, su comunidad natural -la nación- y su modo de construcción de la legitimidad -la libre elección por parte de todos los ciudadanos, mediante la expresión de su voto, de sus representantes y dirigentes-, ¿no es acaso un logro formidable que hay que expandir al mundo entero y proteger de las amenazas?

¿Por qué hablar de gobernanza? Durante mucho tiempo, este término sonó a herejía, particularmente en los países de Latinoamérica donde las instituciones internacionales ejercían con frecuencia una pesada y desacertada tutela. Se lo asoció a una ideología neoliberal, a la reducción del Estado y a la promoción -dentro de la esfera pública misma- de tibias imitaciones del funcionamiento de las empresas. Por ello, la palabra "gobernanza" (o gobernabilidad) fue asociada a una estrategia de propaganda ligada a una ideología particular, de inspiración norteamericana, según la cual el mercado era más eficiente que la acción pública. Esto es tan real que, antes del giro sobre la marcha que tomara recientemente el Banco Mundial, los preceptos de "buena gobernanza" se reducían a poner a las instituciones públicas al servicio del funcionamiento del mercado. El análisis que realicé hace algunos años de los indicadores denominados de "buena gobernanza" del Banco Mundial me llevó a descubrimientos aterradores al respecto: sin mencionar su ingenuidad y los excesos propios de la obsesión de querer medir a toda costa, la mayoría de los indicadores utilizados por el Banco Mundial y propagados como criterios objetivos de "buena gobernanza" son producidos por laboratorios conservadores norteamericanos. Como ya se habrá entendido, no es ésta mi definición de la gobernanza. Casi me atrevería a decir que se le opone directamente.

A mi juicio, la gobernanza es en primer lugar un término analítico y no un término normativo. A la gobernanza se la observa antes de decir si es buena o mala. Es el arte de las sociedades de regularse para pacificar las relaciones internas, garantizar la seguridad externa, crear las condiciones para un equilibrio a largo plazo entre la sociedad y su medioambiente, garantizar una prosperidad sustentable para una comunidad más o menos amplia y más o menos antigua y que comparte un mismo territorio y un mismo destino.

La gobernanza se ubica en el centro mismo del funcionamiento de cada sociedad. Es una ideología en el sentido noble que le daba a este término el filósofo francés Paul Ricoeur : "lo que hace que los hombres y las sociedades se mantengan de pie". Es una mezcla de creencias más o menos compartidas, de costumbres, de instituciones, de formas de hacer, de aprendizajes, de representación del poder, de procedimientos y de cuerpos sociales. Mientras la sociedad evoluciona lentamente, la gobernanza la sigue al mismo ritmo, basándose en un cuerpo de doctrina heredado de la historia. Pero sucede algo muy diferente cuando la sociedad evoluciona rápidamente, cuando la escala de las interdependencias evoluciona, cuando nuevos temas, como por ejemplo la orientación de las investigaciones científicas y técnicas, el desarrollo de una economía mundial o bien el equilibrio entre la humanidad y la biosfera adquieren una nueva relevancia y condicionan el destino de la

sociedad misma. Es en ese entonces que una revolución de la gobernanza se torna al mismo tiempo vital y difícil: vital porque hay que encontrar nuevos modos de gestión para estas nuevas interdependencias, y difícil porque el antiguo sistema resiste con todas sus fuerzas.

Lo característico de las sociedades que evolucionan rápido es que no todo evoluciona a la misma velocidad: los conocimientos científicos y el sistema técnico evolucionan muy rápidamente, casi día a día; las características de los desequilibrios que se establecen entre las clases sociales, entre las sociedades y entre la humanidad y la biosfera se van transformando de año a año; los sistemas conceptuales heredados del pasado, en cambio, evolucionan lentamente y los grandes sistemas institucionales, por ejemplo el Estado o la Universidad, más lentamente aún. ¡De manera tal que siempre estamos pensando el mundo del mañana con los conceptos de ayer y gestionándolo con las instituciones de anteayer! De allí se derivan constantes disfuncionamientos. En este contexto, no podemos esperar que algunos aprendizajes, necesariamente lentos y laboriosos, conduzcan a un nuevo equilibrio. Tenemos que pensar la gestión de la sociedad para sí misma y dejar de reducirla a una u otra de las partes que la constituyen: el Estado, las colectividades territoriales, el régimen político, la organización de la administración, etc. Tenemos que pasar de lo implícito a lo explícito, sentar las bases de una gobernanza, de una gestión de la sociedad adaptada a los desafíos del siglo XXI.

Esta reflexión me lleva a aclarar la segunda pregunta: ¿hay que reinventar la democracia? La respuesta es obviamente que sí, si volvemos al fundamento de la democracia sustancial, si dejamos de identificar a esa democracia sustancial con sus expresiones históricas, heredadas de un sistema técnico y social ampliamente superado, que fue el del siglo XVIII.

Tomaré algunos ejemplos. A mi entender, la democracia sustancial tiene un postulado y dos objetivos. El postulado es el optimismo: todos los hombres y mujeres nacen libres e iguales en derecho, tienen la misma aptitud para entender las problemáticas -aun las más complejas- de la sociedad y, por ende, tienen el mismo derecho a la palabra cuando se trata de orientar el destino de la comunidad. Adhiero plenamente a ello.

Con respecto a los dos grandes objetivos, consisten en: lograr que una comunidad, a la escala de las interdependencias reales, llegue a pensarse y a vivirse como una efectiva comunidad de destino; proporcionar a cada hombre y mujer miembros de esa comunidad -que es el sentido mismo de la palabra ciudadano- iguales posibilidades de contribuir a la orientación del destino colectivo.

Ahora bien, ¿en qué punto estamos hoy en día? Las interdependencias son mundiales. Si hay una comunidad por construir prioritariamente es, ciertamente, la comunidad mundial. De ello depende nuestra supervivencia. Con la costumbre de pensar la democracia como la gestión de una comunidad preconstituida, hemos olvidado que la democracia sirve para instituir la comunidad, que tiene una función instituyente. Las interdependencias mundiales ilustradas por el ejemplo de la capa de ozono, bien conocido por los chilenos, el cambio climático o la pérdida de biodiversidad hacen que nuestro "oikos", en el sentido griego del término, nuestro lugar en común, nuestro hogar sea hoy el planeta.

Donde históricamente considerábamos que la única comunidad natural era una comunidad de cercanía, comunidades que poco a poco fueron construyendo conjuntos cada vez más amplios, reinos, imperios o repúblicas y que, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, construyeron una comunidad mundial mediante las relaciones entre naciones, debemos pensar hoy en términos invertidos. La comunidad natural que hay que construir es la comunidad mundial. Es nuestra comunidad de destino. Las comunidades más pequeñas no son sino desmembramientos de la otra. Ahora bien, aun en el caso del único ejemplo prometedor de integración regional, la Unión Europea, vemos que la democracia todavía sigue desplegándose casi exclusivamente a escala nacional, a tal punto que en Europa hay quejas permanentes y simultáneas por el déficit de democracia europea y por las amenazas que representa Europa para los Estados-Nación!

Veamos ahora el tema de la aptitud de los actuales sistemas democráticos para involucrar a los ciudadanos en la gestión de la "*polis*". Las grandes decisiones de las cuales dependen nuestros destinos no se toman a nivel nacional. No es necesario explicarlo demasiado, cuando podemos ver que la crisis financiera, que partió de Estados Unidos, se transforma en una crisis financiera, económica y social mundial. Además, las grandes orientaciones científicas y técnicas de las cuales depende nuestro porvenir, tanto si se trata de las biotecnologías como de las nanotecnologías, o

incluso hasta las decisiones económicas son consideradas demasiado complejas como para estar al alcance del entendimiento y del juicio de los ciudadanos comunes. Pero, tal como lo demuestran las innovadoras experiencias de consenso y los jurados de ciudadanos, no hay democracia si no se apuesta a que, mediante una información rigurosa y peritajes contradictorios, se logre que simples ciudadanos estén en condiciones de juzgar, con sentido común, las decisiones a tomar con respecto a cuestiones científicamente complejas y éticamente difíciles. A mi parecer, esto vale la pena y la experiencia lo comprueba. Y pienso, por ejemplo, en todos los temas relacionados con el manejo de la vida y de la muerte.

Por último, la democracia, en el sentido griego de la palabra, siempre definió a la ciudadanía como un equilibrio entre derechos y responsabilidades. Durante mucho tiempo, los sujetos de los regímenes autoritarios no han tenido más que deberes a cumplir. De allí en más, la conquista, ganada con incontables luchas, de los derechos -políticos primero, económicos, sociales y culturales luego y ambientales por último- es sin duda alguna un gran logro de la democracia. Pero se ha perdido de vista el equilibrio necesario entre derechos y responsabilidades, desde el nivel individual hasta el colectivo.

Esta necesidad de pensar la democracia y la gobernanza en nuevos términos, volviendo a partir de los principios fundamentales, ha ido tomando forma para mí como consecuencia de dos caminos recorridos: por un lado, mi larga experiencia práctica del Estado y, por otro lado, la observación internacional cooperativa que tengo la suerte de llevar adelante desde hace veinte años. He querido compartir entonces con el público latinoamericano las conclusiones de esta reflexión, a través de la publicación de *Hacia una revolución de la gobernanza*.



Hacia una revolución de la gobernanza

Reinventar la democracia

PIERRE CALAME

"La democracia triunfa, pero es una democracia hecha añicos", reflexiona certeramente Pierre Calame en un siglo XXI marcado por la mundialización y la llamada "revolución neoliberal". Una era en la que la individualidad y la diferenciación han hecho que el avance en el ámbito de las ideas morales e intelectuales y, por sobre todo, la solidaridad de la especie se hayan debilitado. Por eso "la prioridad es la construcción de una base ética sobre la cual los pueblos puedan entenderse para manejar su interdependencia". *Hacia una revolución de la gobernanza* plantea una nueva forma de organización de las sociedades que, cada vez más interconectadas unas con otras, siguen "pensando el mundo del mañana con las ideas de ayer" y pretenden "administrarlo con las instituciones de anteayer". Propone reconstruir una democracia que se adapte a la evolución del mundo, conservando al mismo tiempo su identidad, es decir, una forma de gobierno en la que las relaciones (y no la individualidad) formen parte del centro de la concepción del sistema.